

LA SERENÍSIMA REPÚBLICA

TAL VEZ SEA UNA EXAGERACIÓN. Pero Joaquim Maria Machado de Assis ha sido llamado el mejor escritor latinoamericano de todos los tiempos, por encima de Borges y García Márquez. Nació en 1839 en Río de Janeiro y murió en la misma ciudad en 1908. Fue un burgués comedido y un funcionario ministerial obediente, un burócrata ejemplar (para bien y para mal). Pero fue, al mismo tiempo, un escritor mordaz, un pesimista lúcido y sosegado. En sus cuentos y novelas describió en detalle, sin achaques moralistas, las falencias de la especie y la imperfección de las instituciones humanas.

Uno de sus cuentos más célebres (titulado como esta columna) debería ser leído y releído por nuestros reformadores políticos e ingenieros institucionales. Su lectura atenuaría, en parte, los ímpetus reformistas, que, por oportunismo y desmemoria, acompañan las crisis políticas y las corruptelas recurrentes. En Colombia, como en toda la región, las instituciones políticas se hacen y se deshacen al ritmo de los escándalos. Machado, en su estilo oblicuo, alegórico, llamó la atención sobre la inutilidad de estas reformas de ocasión.

“La Serenísimá república” es narrado por un científico decimonónico, en un tono neutral y descriptivo. El científico periférico (por llamarlo de alguna forma) reporta un descubrimiento extraordinario, que debería,



ALEJANDRO GAVIRIA

en su opinión, equipararlo con los grandes naturalistas de su época, Darwin y Büchner, entre otros: “Sí, señores, descubrí una especie arácnida que dispone del uso del habla; reuní primero algunos de los nuevos articulados y después muchos de ellos y fui capaz de organizarlos socialmente”.

Al inicio, el científico interviene en la organización social de la especie hablantina, decide algunos asuntos cruciales, como si se tratase de un sapiente y todopoderoso consejero. Dispone, en particular, que la organización del gobierno y la elección de las autoridades se haga de manera simple, a la usanza de la antigua Venecia, mediante bolsas y bolas: los nombres de los candidatos se marcan en las bolas, las cuales se introducen en la bolsa y se extraen luego de manera aleatoria. “Este sistema —dice el científico— excluye los desvaríos de la pasión, las desventajas de la ineptia y el congreso de la corrupción y la codicia”. Una asamblea en pleno aprueba las instituciones propuestas por el científico y evangelizador de las arañas.

Casi sobra decirlo, las pasiones, incluso en un mundo regido por el azar, hacen parte de la vida política. Las arañas se organizan en tres partidos principales: el rectilíneo, el curvilíneo y el recto-curvilíneo. En el mundo de los articulados, la geometría es fuente de división y conflicto. El primer partido manifiesta que la línea recta representa la probidad y la justicia. El segundo proclama que la línea curva expresa la modestia y la humildad. El tercero promedia las exageraciones, combina los contrastes

y argumenta que el mundo es curvo y recto a la vez. Un cuarto partido minoritario simplemente lo niega todo.

El proceso electoral es simple. Casi trivial. Unas arañas tejen la bolsa, otras marcan las bolas y otras más extraen las bolas marcadas. Los problemas, sin embargo, no se hacen esperar. Por error o malicia, dos bolas marcadas con el nombre de un mismo candidato fueron incluidas en la bolsa. Surgió, entonces, un gran escándalo que originó, a su vez, una reunión extraordinaria de la asamblea y una primera reforma legal: por mandato unánime la bolsa se hizo más estrecha con el fin de limitar el espacio para el fraude. En la elección siguiente surgió otro escándalo: un candidato no fue marcado, la bola con su nombre fue dejada extrañamente por fuera de la bolsa. En vista de los hechos, la asamblea decretó una nueva reforma: “considerando que la estrechez de la bolsa podría dar lugar a exclusiones odiosas se revoca la ley anterior y se restaura la bolsa más grande”.

Pero la malicia puede más que la ley. Los problemas continuaron. Dos candidatos, cuyas bolas marcadas habían sido extraídas, fueron descalificados, pues sus nombres no estaban escritos correctamente: al primero le faltaba la primera letra; al segundo, la última. Un tercer candidato fue elegido en medio de otro escándalo: la ortografía de los primeros nombres había sido viciada deliberadamente. La asamblea decretó, entonces, una nueva reforma: la bolsa debería ser confeccionada con forma de tejido de red a través del cual las bolas pudieran ser leídas por el público y los candidatos.

Desgraciadamente los problemas no cesaron. Uno de los “extractores” aprovechó la recién decretada transparencia de la bolsa para extraer la bola de un candidato con quien había

hecho un acuerdo previo. La asamblea, con paciencia ejemplarizante, decidió restaurar el tejido espeso y decretar al mismo tiempo que, en el caso de inscripciones con nombres cambiados, estas solo serían válidas si un jurado de cinco personas certificaba que el nombre inscrito correspondía efectivamente al candidato en cuestión.

En las elecciones subsiguientes, algunos candidatos impugnaron los testimonios del jurado y pidieron expertos. La asamblea enmendó la ley y prohibió los dictámenes interpretativos. Aprovechó, al mismo tiempo, para dictaminar que la bolsa debería tener una forma triangular. Pero la nueva forma resultó inconveniente, pues

quedaban muchas bolas en el fondo y la extracción era problemática y en ocasiones sospechosa. En vista de las quejas, la asamblea decidió adoptar una forma cilíndrica; la bolsa adquirió, entonces, la forma de una ampollita. “Muchos abusos, descuidos y lagunas tienden

a desaparecer, y el resto tendrá igual destino, no completamente, es cierto, pues la perfección no es de este mundo”, sentenció uno de los asambleístas.

Al final de su discurso, el asambleísta, un convencido del progreso institucional, pidió paciencia. “Rehaced la bolsa, rehaced la bolsa, hasta que Ulises cansado de vagar, venga a ocupar entre nosotros el lugar que le cabe. Ulises es la sapiencia”. Con el tiempo, tal vez, las costumbres políticas logren transformarse. Y probablemente la sapiencia colectiva llegará algún día. Pero, mientras tanto, las reformas espasmódicas, motivadas por los escándalos de la coyuntura, por la sociedad del espectáculo, son una aberración democrática que bien merece el señalamiento irónico (la ironía compasiva, también podríamos decir) de Machado de Assis. Así es la vida en la serenísima república. ■

En Colombia, como en toda la región, las instituciones políticas se hacen y se deshacen al ritmo de los escándalos. Machado, en su estilo oblicuo, alegórico, llamó la atención sobre la inutilidad de estas reformas de ocasión.